

CAPITULO XXIX.

RASGOS BIOGRÁFICOS

DEL ILLMO. SR. ARZOBISPO DE MORELIA
DOCTOR DON CLEMENTE DE JESUS MUNGUÍA.

Nació en el pueblo de los Reyes el 22 de Noviembre de 1810, de una familia oriunda de San Pedro Piedra Gorda: desde sus primeros años dió á conocer sus precoces talentos y su pasión por las letras; hizo una carrera rapidísima y lucida en el Seminario de Morelia, en el que enseñó la gramática castellana, la bella literatura y el Derecho. Recibido de abogado, entró al estado eclesiástico en 1840. Muy luego brilló en los puestos de Promotor, Provisor, Juez de Testamentos, Rector del Seminario y Canónigo de la Iglesia Catedral.

Nombrado vicario capitular en la vacante del obispado por muerte del Illmo. Sr. Portugal, fué escogido para sucederle;

se consagró el 18 de Enero de 1852 despues de recibir del gobierno explicaciones oficiales que le permitieron prestar el juramento exigido por las leyes: con este motivo publicó un manifiesto que es quizá uno de sus mejores escritos.

El Illmo. Sr. Munguía visitó parte de su diócesis; fundó el colegio clerical; estableció el seminario de Pátzcuaro; favoreció el de Leon; enriqueció notablemente la biblioteca del de Morelia; dió á los estudios la solidez y brillo que tienen en este colegio; compuso textos especiales para las cátedras de derecho; mandó formar las de Gramática latina, Matemáticas, Física y Teología moral, y comunicó un impulso rápido á todos los conocimientos científicos.

Desempeñó por encargo del Sumo Pontífice la delicada misión de reformar los conventos de hombres en la República; sirvió la presidencia del Consejo de gobierno en el año de 1854 y volvió despues á encargarse del cuidado y visita de su diócesis. Las parroquias pobres, los seminarios, las empresas de piedad y beneficencia, la carrera de multitud de jóvenes desvalidos, el socorro de gran número de familias y la propagacion de libros útiles, han consumido sus rentas.

Su genio, su ciencia y su virtud, lo colocaron á la cabeza de la religion en México.

Me limito á referir estos pocos hechos del Illmo. Sr. Munguía porque son notorios y no podrán excitar en su contra los tiros de la pasión ó de la envidia. Yo no puedo ser imparcial al hablar de un prelado que ha hecho conmigo los oficios de padre; sigo el consejo de nuestros libros santos: *ante mortem ne laudes hominem quanquam*. (Eclesiástico, capítulo 11, v. 20.)

El Illmo. Sr. Munguía defendió de la manera que todos saben, los derechos de la Iglesia, y salió desterrado de la República el 18 de Enero de 1861. Reside actualmente en la capital del mundo cristiano.

Durante su pontificado se erigió el obispado de San Luis Potosí; se han dividido once curatos; se han fundado los Nazarenos de Zamora; se ha consumado la ocupacion de bienes eclesiásticos y la exclaustacion de Regulares.

El Illmo. Sr. Munguía, á mas de los textos de estudios de

que hablé, ha publicado un tomo de *Pastorales*, dos de *Pláticas doctrinales*, dos de la *Defensa de su obispado*, dos del *Pensamiento y su enunciación*, uno de *Teología Moral* y tres que contienen diferentes opúsculos de controversia, bella literatura, crítica y estudios gramaticales. Han visto también la luz pública varios sermones y algunas otras piezas que componen por todas catorce tomos en medio folio. La Europa hará muy breve á este prelado mexicano la justicia que merecen sus talentos y literatura.

JOSÉ GUADALUPE ROMERO.

DISCURSO CIVICO

QUE EL DIA 16 DE SETIEMBRE DE 1838 PRONUNCIÓ EN LA PLAZA PRINCIPAL DE MORELIA EL LIC. CLEMENTE MUNGUÍA, CATEDRÁTICO DEL COLEGIO SEMINARIO DE AQUELLA CIUDAD.

ADVERTENCIA.

Instado vivamente por varias personas que me favorecen, he consentido, aunque con repugnancia, en la publicación de este discurso, no porque lo juzgue digno de algun aprecio en razon de su mérito literario, sino porque se ha creído que en las circunstancias presentes no será del todo inútil.

EL AUTOR.

Videte, ne, ut illis pulcherimum fuit tantam vobis imperii gloriam relinquere; sic vobis turpis simum sit, illud, quod accepistis, tueri et conservare non posse.—(Cic. Pro. Leg. Man.)

Aunque todos los hombres que han conseguido figurar en la escena política, parecen recibir unos mismos homenajes sobre la tierra; la historia pone un intervalo inmenso entre el ruido confuso de la fama contemporánea y las aclamaciones ingenuas de la sabia posteridad. Tal vez el amago de las armas sofoca la voz del filósofo que intenta desmentir las alabanzas que la adulacion prodiga al interés, y el ambicioso usur-

pa los respetos debidos únicamente á la virtud; mas él baja al sepulcro que cubre una misma loza sus cenizas y su vana grandeza. *Pero cuando el héroe es verdaderamente digno de este nombre, cuando no levanta su brazo fuerte sino para abatir á los tiranos, cuando no marcha al frente de sus legiones, sino para estirpar el crimen y cimentar la felicidad pública; ¡ah! es cierto que paga con su muerte un tributo á la naturaleza; pero el sepulcro no es para él un abismo en que se unden todas las esperanzas, sino un pórtico augusto que descubre delante de sus ojos, el templo de la inmortalidad.*

Las bendiciones le acompañan, las lágrimas le siguen; y su nombre, lejos de perder nada con el tránsito de los tiempos, va recojiendo en su tránsito nuevos honores, y llegará por fin á la última posteridad precedido de las aclamaciones de todos los pueblos, y cargado con los tributos de todos los siglos.

¿Y cuales son entre nosotros, esos genios privilegiados en cuyas alabanzas nos detenemos con placer para saborear sus virtudes; y á quienes escaltamos á porfia menos para cumplir con los deberes sagrados de la justicia, que para abandonarlos dulcemente á los trasportes inefables de la gratitud?

Responded vosotros, soldados valerosos, amigos de la libertad, vosotros todos los que en una época no muy lejana habeis cooperado á los grandes designios de nuestros héroes; vosotros mas bien, michoacanos ilustres, que despues de haber dividido con ellos en un tiempo el bello título de hombres libres, despues de haber arrojado con ellos unos mismos peligros, despues de haber recogido con ellos la palma de la victoria; no podeis en esta solemnidad patriótica abandonaros libremente á las efusiones de júbilo sin derramar algunas lágrimas sobre este mismo suelo, donde un cadalso levantado por sus crueles perseguidores, los presentó por la última vez á vuestros ojos.

¿Cuándo se han combinado las circunstancias de una manera feliz para favorecer los movimientos apasionados? *Todo aquí habla á la imaginacion, todo conmueve la sensibilidad, todo conspira á excitar en el alma graves y solemnes recuerdos. El objeto, ¡las glorias de la patria! el lugar, ¡la tumba*

de los héroes! el día, ¡el memorable 16 de Setiembre. Vosotros, finalmente, vosotros, que me oís, ¡los hijos de Morelos! Pero ¡qué! ¿el aspecto de una República moribunda puede excitar nunca sentimientos de gloria y de felicidad? ¡Las glorias de la patria? Desaparecieron ya estas gratas ilusiones; ¡la tumba de los héroes! ella nos recuerda un sacrificio de inestimable precio, pero un sacrificio tristemente malogrado; ¡el 16 de Setiembre de 1810! ¡ay! tal vez la memoria de este día no será ya para nosotros, sino una fuente inagotable de los mas horrorosos remordimientos. ¡Los hijos de Morelos! ¡oh, michoacanos! ¿No habremos desmerecido ya este título augusto de nuestra primitiva grandeza? Seria necesario abjurar el amor de la patria para no celebrar un acontecimiento que la cubrió de gloria; pero no lo seria menos renunciar para siempre á la idea de felicidad, para no volver despues una mirada sobre nosotros. Hoy, pues, que por una ilusion feliz que ¡ojalá no llegue á desaparecer! os veo reunidos aquí como bajo el techo paternal, con el dulce título de hermanos, y por el mas fuerte de todos los sentimientos, por el amor ardiente de la patria. Hoy que venimos todos á repasar aquí como buenos hijos, las virtudes de vuestros padres, y á confesar al mismo tiempo nuestros extravíos delante de sus sombras augustas, permitidme que, tomando el idioma franco y animoso de la verdad, os manifieste no solamente los motivos de júbilo, sino tambien los de temor, que en las circunstancias actuales despierta naturalmente en el espíritu la memoria de aquella época afortunada en que la libertad de México, apareció como el astro brillante que habia de seguir girando para alumbrar á un pueblo venturoso. Nada os diré de mi propio fondo; otros hombres van á hablaros por mis labios; y los ejemplos de la historia, es decir, las sábias doctrinas de la experiencia, serán por ventura mas útiles que los profundos cálculos de la política. *Nuestros héroes, al lado de los héroes que admiramos en otros pueblos, se presentarán aquí con toda su grandeza, participando en cierto modo de los homenajes que aun antes de ellos hubiesen visto la primera luz, se habian ofrecido constantemente á las virtudes sublimes que los cubrieron de gloria; y nosotros, que aun no*

tocamos en el último de los males, aprenderemos, sin duda, á ser mas cuerdos con el ejemplo de otras naciones que, por haber observado la misma conducta que hoy distingue á los mexicanos, han desaparecido para siempre.

PRIMERA PARTE.

Al recorrer ligeramente la historia, nuestra imaginacion se siente excedida por el número de los combates, los cambios infinitos en el orden social y las víctimas sin cuento sacrificadas á la ambicion y á la virtud. Y la voz de la filosofia que se levanta en medio de revoluciones tan desastrosas, ¿qué secreto importante nos revela? Que á pesar de los intereses diversos y encontrados que dividen á los hombres, hay en el corazon de todos un sentimiento comun, activo y poderoso que se anticipa á los procedimientos pausados y tranquilos de la razon; el sentimiento de existir con seguridad y gozar sin obstáculos. ¿Mas cómo llegar á este término por una senda cubierta de tropiezos, arrastrando pesadas cadenas y desfalleciendo á cada paso por un exceso de languidez y extenuacion. De aquí los conatos vehementes y repetidos de tantos pueblos para salvar las altas barreras que los ciñen por todas partes, limitando sus goces é inflamando sus esperanzas. Gimen tal vez encorvados muchos siglos, pero una causa imprevista, un punto del tiempo bien aprovechado, el nacimiento de un hombre extraordinario, mudan su condicion y deciden de su suerte, abriendo una era nueva de ventura y de gloria.

En efecto, si vemos sojuzgada por treinta tiranos la república de Atenas, vemos tambien á Trácybulo ciñendo su frente con la corona de triunfo decretada á su valor por la gratitud de su patria; si Epaminondas, durante las disensiones de Thebas, no quiere mancharse con la sangre de sus conciudadanos, un impulso irresistible y generoso le precipita despues en los combates, y aunque queda sepultado bajo sus mismos trofeos, ellos sirven de pedestal glorioso á la libertad de la Grecia; si Tarquino, finalmente, esclaviza á sus vasallos con el absolutismo de su poder y los prostituia igualmente

con los actos repetidos de la prócacidad mas escandalosa, Lucrecia enciende la cólera de Bruto, Bruto levanta el puñal vengador y Roma queda libre y republicana.

Desde una antigüedad que se confunde casi con las primeras épocas de aquellas naciones, España es un teatro sangriento de guerras no interrumpidas; unas veces intenta sacudir el yugo de los cartagineses, otras lucha con valor inaudito contra los esfuerzos de los romanos; cae gloriosamente Sagunto bajo el poder de los primeros, y les cuesta mas caro todavía el heroismo de Numancia á los segundos. Despues de la invasion de los bárbaros, despues de haber estado sujeta al imperio de los Godos, parece no verse libre de estos sino para variar de opresores: los sarracenos la invaden para extender su dominacion y satisfacer su codicia; los sarracenos la aduermen con los placeres delicados; el deplorable lujo cambia el sistema de sus ideas, y las bellas artes y la moda ruinosa reemplazan al fin con la cobarde quietud de la servidumbre, el altivo y noble carácter de un país belicoso. Pero el letargo terminó con el peso del yugo; los sentimientos heroicos vuelven á aparecer; nuevos combates se levantan y la independencia se realiza.

¿Para qué traer á la memoria las otras naciones que se sucedieron á estas? Ellas no representan otro cuadro á nuestra vista: el mismo drama con diversos actores. Muy variados, á la verdad, fueron los pretextos, pero unos mismos los motivos; mas la usurpacion no se presentaba aquí con la insolente desfachatez que en los antiguos pueblos; y dividido entre mil herederos extraños, el casco del viejo mundo, dejó ya de verse por algun tiempo la lucha sangrienta de la libertad contra la opresion obstinada.

¿Mas qué ofrecen á nuestra vista los primeros años del siglo XVI? Regiones inmensas que se abren repentinamente: el nuevo mundo ostentando delante del antiguo una extension infinita que lo trasporta: un manantial de riquezas que iba á ensanchar la esfera de sus pasiones. ¡Oh América infeliz! ¿Por qué la naturaleza te ha dado una tierra vírgen, un cielo siempre puro, un sol encantador; por qué te ha colocado sobre esta base de oro, si tan ricos presentes, lejos de llevarte

á la cambre de la grandeza iban á desencadenar contra tí la rabia de unos hombres ciegos, prestos á despedazar tus entrañas de madre? ¿Para qué derramar sobre tu suelo tantos atractivos, si ellos no habian de servirte sino para despertar la codicia de un pueblo alimentado con la guerra, envejecido en el crimen y enemigo eterno de la humanidad? Responded, españoles, ahora que las afecciones mas gratas han sucedido al antiguo furor, ahora que habeis reconocido ya la justicia de nuestra causa, ahora, en fin, que nos estrechan felizmente los suaves y deliciosos vínculos de una verdadera fraternidad: ¿esta tierra fecundada por los rayos del sol para perpetuar la juventud de sus bellas campiñas; este lujo de nuestros aires; este suave y delicado perfume con que obsequiaban vuestra venta, nuestros campos; nuestro clima risueño; nuestras vírgenes flores regadas bajo vuestros piés como en la fiesta de un soberano; los envidiables tesoros que se os prodigaban sin violencia; esta naturaleza dulcísima y seductora que parecia destinada para ser el asilo de la virtud, no pudieron infundir en vuestras almas la calma serena, la quietud apacible que determina los movimientos generosos? Responded, extranjeros todos, ¿merecian los habitantes de México, la crueldad de un pueblo tan singularmente favorecido? Pero ¡ah! cuando hablan las pasiones ¿qué ascendiente conserva la naturaleza sobre el alma? Sus esperanzas parecen quiméricas, sus proyectos inútiles, sus ofertas desechadas.

Atentos solamente á la sed del oro, única pasion que pudo inspirar el hallazgo de nuestra patria, los españoles tomaron la ignorancia y la crueldad por su base de politica. ¿Cuántos resortes no pusieron en movimiento para enervar nuestra fuerza y prolongar nuestra barbárie? Vosotros lo sabeis, conciudadanos: ¿cuánto tiempo sufrimos sin quejarnos esta mole inmensa de opresion? Una dominacion larga y pacífica parecia habernos asegurado para siempre. ¿Mas cuándo se ha consolidado un gobierno sobre estas bases destructoras? ¿Qué son los cálculos bien combinados de una política perversa, ¿qué la sagacidad y valor de los caudillos, qué, por fin, el brutal arrojio de los combatientes para salvar esa línea que Dios ha puesto á cada uno de los acontecimientos humanos?

Guardaos de creer, decia el arzobispo de Cambray, que el descubrimiento del nuevo mundo se deba tan solo á la audacia de los hombres, porque Dios no concede á las pasiones humanas, aun cuando parecen decidir de todo, sino lo que es absolutamente necesario para que vengan á ser los instrumentos de sus designios. El hombre se agita, pero Dios le conduce.

Permitidme, ciudadanos, que recorra todavía con vosotros algunos acontecimientos muy notables en la historia de otros pueblos con los que no nos ligaban entonces relaciones políticas de ningun género, y vereis en revoluciones muy lejanas que parecian no afectarnos en manera alguna, un designio superior y misterioso tan feliz para los mexicanos, como funesto para nuestra antigua metrópoli: vereis la España conducida casi sin sentirlo hasta un punto que constantemente se habia esforzado en retirar. La suerte, que parece haber reunido al rededor del trono de Luis XVI todos los genios de la guerra, de las letras, de las ciencias y de las artes; todas las musas del Parnaso y todas las antorchas de la elocuencia para hacer de aquella brillante época el gran siglo moderno, como dice Segur, preparó sin duda la llegada de otro siglo no menos prodigioso, en que las luces difundidas por todas las edades, se habian de reunir en un punto para formar aquel inmenso foco que descubrió á la vista de la tierra, un teatro absolutamente nuevo, ó si se quiere, el mismo teatro de las antiguas repúblicas, con decoraciones desconocidas. Los derechos de sucesion, las guerras de legitimidad y las expediciones de las cruzadas, dejaron de ser el blanco de la politica europea: la cuestion cambió completamente y el objeto de las conversaciones públicas y de los cálculos privados, fué ya la libertad política y civil, la igualdad de los derechos sociales. Las luces, la filosofía, la razon, que en el espacio de dos siglos habian hecho inmensos adelantos, inundaban el vasto suelo de la Europa; las ideas de justicia, de órden y de libertad se habian derramado por todas partes; los principios de la moral y la ciencia del gobierno multiplicaban sus triunfos sobre las preocupaciones envejecidas; en fin, todos los espíritus se hallaban generalmente dispuestos á sustituir el rei-